

La
conquista
del
ESPACIO

10, SATELITE DE CASTIGO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



Por supuesto, en el satélite Ío habían hombres y mujeres no castigados: Los cancerberos de los presidiarios con toda su administración; los científicos que controlaban la base, su técnica, la alimentación de los reclusos y demás personas que habitaban en Ío y finalmente el grupo de médicos, que, con su ciencia y sus medios, trataban de recuperar para la sociedad a los presos mediante psicoterapias avanzadas unidas a ondas destructoras de las células malignas que convertían al hombre en un ser dañino para sus semejantes. Estas técnicas eran muy arriesgadas y sólo podían emplearse en los presos que se ofrecían voluntarios para ello.

10, SATÉLITE DE CASTIGO

Ralph Barby

CAPÍTULO PRIMERO

Las bailarinas, exóticas y sensuales, evolucionaban por la pista en forma de trébol.

Aquél era un espectáculo que no había variado en milenios, desde el tiempo de los faraones pasando por el de los romanos, los musulmanes o las ya lejanas épocas del París del siglo XX.

Piedras multicolores, sacadas de quién sabía qué planeta o asteroide y el metal suficiente para engarzarlas, cubrían los esbeltos y atractivos cuerpos femeninos.

El capitán Hut Fireman sabía que aquellas lindas criaturas eran todo un prodigio de la técnica medicoplástica que tuviera sus albores en el siglo XX. Ni la más bella mujer podía tener aquellas medidas tan perfectas desde las uñas de los pies a las curvas de todo su cuerpo o las cuencas de sus ojos, pasando por los matices policromos de sus sedosos cabellos, pero ¿qué importaba, si eran hermosas?

—Hut, si te quedas junto a mí tendrás los interdólares que quieras y vivirás sin preocupaciones.

La cabeza rubio ceniza de Fireman destacaba por encima de los demás clientes de aquel *cabaret* en directo y por tanto, muy lujoso y caro, pues la mayoría de las salas de diversión eran con grandes pantallas a todo color y tridimensionales en las que se podía admirar el mismo espectáculo que él estaba viendo con sus propios ojos. Laika, la propietaria del local que se hallaba junto a él y que era quien acababa de hablarle, poseía toda una cadena de salas de diversión extendidas en todas las ciudades base-terrestre de

Ganymedes. En todas podía verse la misma atracción que allí se daba en directo gracias a las cámaras teletrivisivas que lo estaban captando y emitiendo en circuito cerrado.

Laika aparecía tan hermosa y joven como si tuviera veinte años, pero Hut Fireman la conocía desde hacía tiempo y no le calculaba menos de cuarenta y cinco, claro que con muchos interdólares en el bolsillo se podía ser una momia egipcia y tener el rostro y las formas de Laika.

—Lo siento, encanto, pero no soy un sujeto pasivo. Espero que me ofrezcan una plaza de explorador. Se realizan grandes preparativos para enviar la primera expedición fuera del sistema solar, un proyecto tan ambicioso como lo fue en su día la navegación de Cristóbal Colón o la del primer vuelo de Neil Armstrong a la árida y ahora bien conocida Luna.

Laika se sonrió, sarcástica e incrédula.

—Vamos, vamos, Hut, tú sabes bien que no te enviarán a esa misión interestelar. Tendrás que conformarte con haber sido uno de los mejores spaceman interplanetarios, pero no interestelares. No, no serás tú quien tenga esa suerte, mi amor.

Hut Fireman tenía ilusión, casi obsesión, por formar parte de la primera expedición terrestre interestelar. Irían al primer planeta azul desconocido después de la Tierra. Hasta entonces no se había descubierto vida inteligente, aunque sí alimañas de las más diversas clases, en los planetas hermanos de la Tierra e hijos de Papá Sol. ¿Qué hallarían en otros sistemas?

Hut Fireman sabía bien que su hoja de servicios estaba emborronada por unos incidentes que habían terminado dando con sus huesos en Ío, el satélite de castigo que giraba alrededor de Júpiter al igual que Ganymedes.

Jamás el hombre había conocido cárcel más perfecta que aquel satélite adonde iban a parar todos los convictos de la Tierra sin distinción de razas o credos.

Estaba abolida la pena de muerte, pero la sentencia de prisión en el satélite de castigo no había quien la revocara y si era a perpetua, con el agravante de trabajos pesados, se podía comenzar a llorar por la suerte de uno mismo.

—Algún día, los peces gordos me tendrán en cuenta, Laika, algún día, ya lo verás.

—No lo creo, Hut. Eres todavía un niño pese a tu apariencia de hombre fuerte, a tu experiencia, a tu inteligencia técnica. Todo el mundo sabe que el famoso capitán Fireman permaneció todo un largo año terrestre confinado en el satélite de castigo. Tus enemigos te echaron unos cuantos duchazos de publicidad negativa, mi querido Hut, y cuando se pierde el favor de los contribuyentes es difícil recuperarlo.

Hut lanzó una mirada al macroescote de Laika, quien se esmeraba por exhibir un busto que hubiera hecho fulgurar los ojos del más exigente sultán medieval.

—Tengo ambiciones, Laika.

—Ya, no te conformas con seguir en la nómina sin hacer nada como hasta ahora. Te fue revalidada tu condición de capitán de spaceman y cobras tu sueldo íntegro, claro que no regresarás a la ionosfera terrestre a menos que te coloques en una base comercial, en una cadena de charter's interplanetarios con boletos para visitar los lugares más turísticos de la Luna o Marte, ya que los vuelos turísticos comerciales, hoy por hoy, están prohibidos a otros planetas por falta de colonias suficientemente equipadas para absorber el turismo, siempre ávido de acaparar emociones que normalmente sólo se pueden vivir a través de los reportajes de las pantallas teletrivisivas.

Sarcástico, Fireman comentó:

—Muchas veces, en esos reportajes se captan detalles que a presencia viva pasan desapercibidos.

De pronto, el pequeño prisma que se alzaba en el centro de la mesa circular comenzó a emitir destellos azules. Laika pulsó el botón que había al pie del dictáfono.

—¿Quién llama?

—Llamamos al capitán Fireman. Es privado.

Con desgana, Hut apartó de sí la ardiente bebida con la que le obsequiaba Laika. Tomó uno de los brillantes y minúsculos auriculares sin cordón que había sobre el prisma y se lo acercó al oído.

—Al habla el capitán Fireman.

Una voz grave, autoritaria, acostumbrada a mandar, le ordenó:

—Capitán, preséntese a la salida. Le esperamos.

Fireman, que había reconocido la voz del mayor Glower, inquirió:

—¿Tan urgente es que no puedo tomarme un *whisky*?

—Capitán Fireman, es una orden. No irá a olvidarse otra vez de que debe obediencia a la superioridad, ¿verdad?

Hut Fireman recordó muy bien por qué le habían confinado un año en el satélite de castigo, aunque en realidad la sentencia había sido de diez años por desobediencia a su superior inmediato en misión especial.

La tripulación de aquel vuelo sabía bien que de no haber desobedecido Fireman al comandante de la nave, tomando sus propias decisiones, hubieran perecido todos, pero si el veterano capitán Lotus era un inepto, ellos no tenían la culpa.

Naturalmente, había presentado la denuncia a la corte marcial y Fireman había sido sentenciado severamente a diez años en el satélite ío.

Las declaraciones de los tripulantes de la nave y las ulteriores investigaciones sobre lo ocurrido habían demostrado la ineptitud del capitán Lotus, que había pasado a la reserva, viéndose privado de autoridad.

Ante las obvias razones por las que había tomado su decisión de desobediencia (que no llegó a motín, pues no había involucrado al resto de la tripulación y una vez efectuada la maniobra había continuado al mando del capitán Lotus, quien lo había encerrado en la celda de a bordo),

Hut Fireman había sido liberado de su pena, pero el año pasado en Ío le había hecho mucho daño en su carrera de astronauta, ensuciando su hoja de servicios. Aunque rehabilitado, su acto de desobediencia y rebeldía no había dejado de pesar.

Ningún comandante de nave lo requería a su lado, aquel borrón lo dejaba inactivo. Sin embargo, tal como quedara demostrado, de no haberse rebelado contra la absurda orden dada por Lotus, ahora estarían todos muertos y eso era lo que más importaba.

«—No llegará usted jamás al generalato, aunque se le rehabilita, capitán Fireman —le había dicho el general Fermory cuando le entregara su documentación nuevamente en regla—. Otra desobediencia en misión especial y será expulsado del Cuerpo de spaceman».

«—Con todos los respetos, mi ambición no es llegar al generalato, sino a otros mundos, señor».

—¿Qué te ocurre, Hut? Estás muy pensativo —dijo Laika a su lado, arrancándole de sus recuerdos.

Hut Fireman dejó el auricular sobre el prisma que ya no centelleaba y dijo:

—Me reclaman. Hace tiempo que no hago más que reportarme, decir que estoy vivo, cobrar mi cheque y marcharme, pero por lo visto ahora me necesitan y hoy no es día de pago.

—No te hagas ilusiones, Hut. Quizá te pidan que des una conferencia de viajes a un grupo de estudiantes que se hallan a punto de iniciar algún viaje a la Luna.

—Es posible, Laika, pero me llaman y eso ya es importante para mí. Por lo menos, no han enviado recado de aviso al cementerio, creyendo que ya había muerto.

Laika tuvo el presentimiento de que aquel hombre, del que tanto ella como otras mujeres estaban perdidamente enamoradas, un hombre de hablar cínico y sarcástico, pero en el fondo triste y nostálgico de sus misiones que tantas

emociones y popularidad le habían dado, iba a escapar lejos. Ligeramente nerviosa dijo:

—Hut...

—¿Qué te ocurre, Laika?

—¿No me das un beso antes de marcharte? A lo peor no nos vemos hasta mañana.

—Sí, cómo no.

El hombre la besó en los labios y ella correspondió con tanta vehemencia que, al separarse de él, Fireman comentó:

—Cuidado, que me han pedido que me presente entero.

En la puerta del local le aguardaban dos hombres uniformados que le saludaron militarmente.

Eran dos cabos de relaciones públicas que lo condujeron hasta un «atom-hover», aquel magnífico vehículo que en el siglo XX inventaron los británicos con el nombre de «hovercraft» y que tanto había evolucionado con óptimos resultados.

El mayor Glower le esperaba en los asientos posteriores del aparato.

—Hola, mayor. ¿A qué tanta prisa?

—Nada puedo decirle ahora, capitán Fireman. Nos dirigimos a la base C.D.M.

—¿Al Centro de Defensa Mundial?

—Sí, a nuestro cerebro de defensa policial y militar, pero no siga preguntando. Tengo orden de no responderle.

Hut Fireman se arrellanó en el mullido asiento, mientras el «atom-hover» despegaba del suelo para tomar una altura de diez pies y salir a la velocidad de mil millas hora.

La caja computadora del vehículo les puso en la ruta deseada, guiándose por el radar y las señalizaciones fotoeléctricas de ultrasensibilidad. Antes de llegar a un cruce de las aeropistas, el «atom-hover» era desviado oportunamente por el control automático.

El hombre, por sí mismo, era incapaz de controlar un «atom-hover» a aquellas velocidades ultrasónicas y a tan escasa distancia del suelo, sólo diez pies de altura. Sólo el piloto automático podía gobernarlo.

Hacia ya más de un siglo que los accidentes no podían imputarse a errores humanos.

Ganymedes, con sus cinco mil seiscientos kilómetros de diámetro y su órbita media de un millón sesenta y ocho mil kilómetros alrededor de Júpiter, era el astro más idóneo para ser habitado por el hombre terrestre y desde el cuarto satélite de los doce que tenía el planeta, podía controlarse todo el sistema de Júpiter, sirviendo a su vez de puente para proseguir los viajes interplanetarios más lejanos.

Para las naves terrestres era difícil y costoso luchar contra la atracción del planeta Júpiter, el mayor del sistema solar y por ello su luna, Ganymedes, servía de estación intermedia.

Ganymedes había sido escogido por el hombre entre otras muchas cosas porque su atmósfera era la más parecida a la de la Tierra y resultaba rica en oxígeno. Aunque al igual que sus hermanos recibía la luz solar, eran astros tan fríos como el propio Júpiter con sus heladísimas temperaturas.

En la primera exploración de Ganymedes había sido descubierta una gran capa de hielo que formaba unos tres séptimos de todo el satélite. Gracias a las enormes cantidades de ío-plutonio 2000, halladas en el satélite ío del cual había recibido parte de su nombre, se habían podido montar mancrocalentadores nucleares que derretían el hielo, convirtiendo aquellos tres séptimos de superficie blanca del satélite en mares azules y templados. Se había instalado toda una cadena de aquellos termo-atómicos a lo largo del satélite con reguladores de temperatura dejando que el agua, hasta el mismísimo fondo del planeta muerto, se calentara templando todo el astro.

Algunos gases pasaron del estado de licuación al gaseoso, dilatándose. La atmósfera, gracias a la labor del hombre y a su técnica, se hizo respirable hasta quedar regulada al igual que la de la Tierra.

No había sido fácil aquel logro de vida y habitabilidad en el satélite Ganymedes, había costado décadas de grandes esfuerzos y pérdidas humanas, debido a accidentes y agotamientos.

Se habían llevado desde la Tierra peces que pudieran tomarse como alimento al igual que animales domésticos y creado extensas plantaciones en un astro donde apenas un siglo atrás sólo había frío y silencio.

En Ganymedes, el hombre había logrado sus sueños no conseguidos en la Luna terrestre, de atmósfera hostil, carente de agua y con gravedad muy inferior a la de la Tierra. En cambio, la de Ganymedes era algo menos de la mitad terrestre y a ella todos se habían acostumbrado perfectamente.

Hut Fireman, acomodado en su asiento del «atom-hover» que le transportaba a través de aquellos vastísimos campos de frutales, cereales y los más diversos vegetales, perfectamente alineados y cuidados al máximo por los agrocientíficos, plantaciones donde no crecía ni estorbaba la más microplanta negativa, pensó en cuán distinto era Ío, el satélite de castigo.

Allí no se había podido conseguir un cielo azul como el de Ganymedes con su atmósfera provocada por su macrosistema calefactor atómico.

En Ío, el cielo era amarronado, a veces tomaba un color más verdoso, según la época del año y la causa de ello eran los gases nitrogenados y de cloro que no se habían podido eliminar, pese a las plantas depuradoras de aire que proporcionaban una sobredosis de oxígeno en los lugares de trabajo de los condenados.

Todas las cárceles del hombre terrestre se habían unificado en una, borrando las demás de todo el sistema, inclu-

yendo la Tierra, la Luna y Marte.

Por supuesto, en el satélite Ío habían hombres y mujeres no castigados: Los cancerberos de los presidiarios con toda su administración; los científicos que controlaban la base, su técnica, la alimentación de los reclusos y demás personas que habitaban en Ío y finalmente el grupo de médicos, que, con su ciencia y sus medios, trataban de recuperar para la sociedad a los presos mediante psicoterapias avanzadas unidas a ondas destructoras de las células malignas que convertían al hombre en un ser dañino para sus semejantes. Estas técnicas eran muy arriesgadas y sólo podían emplearse en los presos que se ofrecían voluntarios para ello.

Fireman había visto cómo compañeros suyos de presidio que habían sido tratados y recuperados para la sociedad habían perdido un gran tanto por ciento de su inteligencia evolutiva.

De seres dañinos y psicopáticamente asesinos se convertían en los vulgarmente llamados borregos. La sociedad les daba un puesto de trabajo y vivían tranquilos el resto de sus días. Algunos, incluso, perdían su poder de procreación, por ello muchos de los presos preferían seguir condenados el resto de sus días en el inhóspito astro a someterse a aquellas curas experimentales.

Desde hacía muchos años, la ciencia humana luchaba por conseguir su objetivo sin mermas para los tratados.

Hut Fireman, fue arrancado de sus meditaciones al detenerse el «atom-hover» en el *parking* del cuartel general del Centro de Defensa Mundial, el segundo en importancia, ya que el primero se hallaba en la propia Tierra.

—Capitán Fireman, hemos llegado. Sígame —le ordenó el mayor Glower.

Fireman, que conocía bien el recinto, se colocó a la derecha del mayor y por la rampa de descenso penetraron en el interior del C.D.M.

CAPÍTULO II

El general Fermory en persona les recibió en su despacho. Junto a él se hallaba sentado otro hombre que vestía el uniforme de las fuerzas militares activas interplanetarias con la graduación de coronel.

Resultaba un hombre todavía joven, pero de rostro duro. Su boca era una línea fina y su frente, muy tersa, no presentaba pliegues que hubieran podido producirse por la preocupación. Debía de ser un hombre de decisiones rápidas y tajantes, sin reflexiones posteriores, actuando casi como una computadora deshumanizada.

—Hola, mi general. Creí que no volveríamos a vernos en su despacho —dijo Hut Fireman con ironía.

Antes de que hablara el general lo hizo el coronel, un desconocido para Hut, un militar posiblemente recién llegado de la Tierra.

—Observo que padece usted una degradación de la disciplina militar, capitán Fireman. Debe de emplear otro tono y otras palabras con su superior, máxime tratándose de un general, claro que no se puede esperar mucho de quien ha pasado un confinamiento en Ío.

Fireman clavó su mirada verdosa en el coronel y desde el primer instante comprendió que jamás podría llevarse bien con aquel hombre altivo, orgulloso y ofensivo gracias al privilegio que le concedía su alta graduación.

El general Fermory intervino para suavizar la tensión inicial. No le habían gustado las palabras del coronel, pero comprendía que no podía rebatirlas, ya que estaba en su

derecho de hacer aquella observación si seguía estrictamente el riguroso código de la milicia espacial.

—Mayor Glower, capitán Fireman, el coronel Dimitry.

—Ya nos conocemos, mi general —observó el mayor Glower.

El coronel Dimitry asintió:

—Es cierto. Estuvo usted bajo mi mando hace unos cinco años en la Luna terrestre, en un problema que hubo de separatistas entre los nuevos selenitas.

—Así es, señor —asintió el mayor Glower, agregando—: Dominó usted totalmente la insurrección de los nuevos selenitas.

—Sí, ocurre que cada vez que se coloniza un astro nuevo, la tercera generación que nace en dicho astro adquiere unas mutaciones que le equilibran para una mejor vida a las circunstancias del planeta, gravedad, atmósfera, etcétera, mutaciones que incluso les diferencian físicamente del resto de los humanos. Ello les hace albergar la estúpida pretensión de que son ya de una raza distinta y con todos los derechos para apropiarse del astro en el que han nacido, haciéndose independientes al estilo de las antiguas independencias conseguidas en Estados Unidos, South África, Rhodesia, etcétera, independencias que por suerte se pierden en la historia. Actualmente todos somos terrestres aunque tengamos distintas características físicas por efecto de las aclimataciones astrales. Hay que abortar todo brote de independencia y cuando por los innumerables avances técnicos deberíamos gozar de una paz estable, cuando en la Tierra ya no hay guerra alguna que la perturbe, paradójicamente, es cuando surgen más y mayores conflictos.

—Me hallaba en Ío, el satélite de castigo, como usted bien me ha recordado, mi coronel, cuando ocurrió el brote de independencia de los nuevos selenitas. Algo oí sobre lo ocurrido.

—¿Ah, sí, capitán Fireman? No estaba al corriente de que a los encarcelados en Ío les dieran todas las informa-

ciones militares.

—No, mi coronel, no pasan noticiarios con las últimas informaciones militares. Ío es un satélite de castigo con todos los agravantes, pero sí arribaron un grupo de nuevos selenitas para ser confinados.

—Sí, ya recuerdo. Los prisioneros capturados fueron severamente sentenciados y enviados a Ío por el resto de sus días la mayor parte de ellos.

—Es cierto, mi coronel, pero estos confinados son los que contaron la masacre que se cometió con ellos por las fuerzas de la milicia espacial.

—Sólo se hizo lo que se debía. ¿No es cierto, mayor Glower?

El mayor Glower no respondió, ni siquiera movió la cabeza. De su actitud podía deducirse que no estaba conforme con lo ocurrido en el aborto de independencia de los nuevos selenitas.

El general Fermory, dándose cuenta de que el ambiente se tensaba más por segundos, intervino:

—Creo que, hechas ya las presentaciones, podemos ir al grano del asunto.

—Le escucho, mi general —asintió Hut Fireman, que no tenía más deseos de seguir hablando con el coronel Dimitry.

—Hemos perdido la comunicación con Ío. El satélite de castigo sólo nos envía un total y cerrado silencio.

—¿Ha ocurrido algún cataclismo en Ío, mi general?

—No. Nuestros sismógrafos allí instalados lo hubieran advertido.

—No puede ser otra cosa que la rebelión de los allí confinados —observó con desprecio el coronel Dimitry—. Éste es un problema de la milicia espacial activa y no de un pasivo miembro de los exploradores del espacio como usted; capitán Fireman.

Fireman replicó: